

Entrenarse para la vida

Juan Antonio Corbalán

*Conferencia pronunciada
el 19 de febrero de 2008*

Forum Deusto

Entrenarse para la vida

Juan Antonio Corbalán

Médico, Presidente de Makeateam, Ex-jugador de baloncesto del Real Madrid

Comienzo con una anécdota. Cuando yo empezaba a pasar las primeras consultas en el Hospital Clínico de Madrid. Los pacientes, más o menos aficionados, empezaban llamándome Doctor Corbalán y al final cuando se marchaban me decían: «Bueno Juanito, y esta tarde ¿vamos a ganar o no?». Al final, esto del rango... yo creo que está bien como formalismo, pero realmente no obedece a nada que sea realmente importante. Lo que para mí resulta trascendente de verdad es el mundo de las emociones, que es lo que yo, de alguna manera, quiero transmitir en esta charla que voy a impartir para todos vosotros —si me permitís el tuteo, que siempre nos hace más cómoda la relación—.

Cuando acepté la invitación del profesor Elzo, lo hice realmente encantado. Yo vengo del mundo de la universidad, que he compaginado con el deporte, que para mí ha sido otra universidad. Cuando me dijo que tenía que dar la conferencia en Deusto pensé: «Esto son palabras mayores». Deusto y Bilbao, incluso para un madrileño, es algo que pesa bastante. Pero precisamente, como soy una persona a la que le gusta meterse en casi todos los charcos, dije: «Esta es tu oportunidad, no puedes decir que no, porque la vida es de los valientes», y aquí estoy encantado de la vida y con el corazón abierto posible para intentar transmitir emociones que para mí han sido «una escuela de vida», o lo que he puesto en el título: «Entrenarse para vivir». Porque entrenar en el deporte no es más que un sucedáneo del entrenamiento que supone la vida.

He tenido la fortuna de coincidir en un magnífico colegio, como era el colegio San Viator de Madrid, con muy buenos profesores, con los cuales tuve unas vivencias francamente enriquecedoras, y de pertenecer a un mundo como el mundo del baloncesto. Tanto el Real Madrid de aquella época, como el equipo nacional, supusieron para mí una segunda familia, un segundo colegio, donde encontré los refe-

rentes deportivos y sociales. Por eso, es por lo que todo lo que yo voy a decir, a partir de aquí, o la mayor parte de ello, viene de mi bagaje como deportista.

Creo que todos en esta vida venimos con una mochila que tenemos que acabar cargando de emociones. Poco a poco, de vez en cuando, hay determinadas convulsiones en nuestra vida que nos obligan a abrir la mochila, ordenar un poco y quitar aquello que nos molesta y meter cosas nuevas que nos llenan de vida; todo ello va conformando un compañero de equipaje que nos permite vivir con una cierta sensación de comodidad y control. Pero esto yo lo pongo en duda. Y lo pongo en duda, porque yo creo que la vida es una fuerza ajena a nosotros. La vida, es como una potente fuerza biológica que nos arrastra en un torbellino de emociones e incertidumbres.

Intentamos encontrar asideros que nos den un poco de firmeza, que nos afiancen. Esos asideros pueden ser los seres queridos, nuestras aficiones el dinero en algunas ocasiones, muchos elementos que nos permiten sentirnos más o menos confortables en algo que, en realidad es una maravillosa avalancha, que pasa por encima de nosotros. Que nos arrastra.

La historia se cuenta al final, cuando los hechos han pasado. Casi siempre, acomodamos lo que nos pasa a aquello que de alguna manera justificaría nuestro comportamiento en esa historia, nuestro papel. Al final nos ponemos el papel que más nos gusta y justificamos nuestros actos en función del guión que trazamos a posteriori. Como un cuadro donde podemos inventar el motivo, inventar incluso el estilo, poner los matices. En definitiva hacer que el cuadro, la vida, dependa de nosotros. Lo necesitamos porque estamos dentro de un guión social que creemos que es la vida y que ella, nos pertenece. Pero no. Estoy convencido de que, lejos de que la vida nos pertenezca a nosotros, nosotros pertenecemos a ella.

Esto me lleva a una situación vivida en la Universidad Menéndez y Pelayo. En unos cursos de verano, donde hablábamos de la responsabilidad social corporativa es una forma de lavar la cara de las grandes empresas. Pintar su cuadro para que guste a la sociedad. Eso nos llevó a un devaneo filosófico que se nos fue de las manos. Un asistente levantó la mano y nos dijo: «Me voy de aquí con más dudas de las que he entrado». Como vi, que nadie hablaba, tomé yo la palabra y dije: «No sabes, que ése es el mayor honor que puede tener un conferenciante: crear la duda y hacer que cada uno de nosotros podamos pensar en algo por nosotros mismos, y no asumiendo que siempre va a ha-

ber alguien, que por muy brillante que sea, tenga la solución a nuestros problemas.

Estamos en una vida compleja, marcada por una palabreja «entropía» Nuestra vida es desorden, el mundo es cada día más desordenado. Cada vez manejamos peor el futuro porque cada vez es mayor el cambio y lo extrañamos.

El matiz especial de la vida, es que cada uno la tenemos que vivir desde nuestra experiencia. Pero... ¿realmente podemos hacer nosotros algo por la vida? La experiencia nos dice que algo depende de nosotros, y es verdad. Aunque la vida juegue con nosotros yo prefiero entenderla como un campo abierto, donde somos, cada uno de nosotros, los que tenemos que ir buscando nuestra referencia, buscando nuestro sitio, aunque realmente no le importe a nadie. Sólo a nosotros y los más allegados. Que en definitiva no somos nadie. Lección de humildad al alcance, sólo, de las grandes personas.

En definitiva, el primer elemento fundamental de la vida es ser conscientes de ella, asumirla con un criterio protagonista. Me da la sensación de que muchos no impiden que la vida pasa por ellos como un rodillo. Es lo que yo denomino la «sociedad inerte». El mundo de las tendencias y la publicidad nos ha llevado a ello. Somos víctimas de la habilidad para crear una necesidad y que la aceptemos como tal. Tenemos que escapar de ahí. Soy un gran defensor de «*independencia del individuo*», de la esencia de ser libres. Libres y responsables.

Protagonistas libres y responsables pero no importantes. A la vida le damos igual, pero a nosotros no. Hoy cuando venía para aquí, escuchaba en la radio a mi buen amigo Juan Luis Arzuaga —lo humano es una mota absolutamente perdida en los tiempos—. Pero nuestra mochila se carga y se vacía y con ella vivimos, nosotros y los nuestros.

Yo llegué, con dieciséis años, a un equipo, dónde tenía delante de mí a Vicente Ramos y Carmelo Cabrera, los mejores «bases» españoles. Yo no elegí el sitio, alguien me puso allí. Cuando a los chavales más jóvenes, en los colegios, siempre les digo que hay que ser valientes para emprender nuevos caminos, pero hay que tener siempre un camino marcado por miguitas que vamos echando y nos permite ver el camino de vuelta.

Eso hice siempre. No perder la referencia que daba sentido a mi vida. Ilusión por la realidad que vivía pero sin renunciar a mi esencia. A lo que era en realidad. No hacer caso a las sirenas. En ese momento me preguntaba: «¿qué futuro me espera aquí? Pero sabía volver y eso

me dio paciencia para esperar mi momento y poner un sello personal en mi vida. Tenía, lógicamente, mis capacidades. Eso, mi familia, compañeros, entrenadores y mi constancia abrían el escenario. Eso me ha traído aquí, no sin entender que, aunque yo esté adornado con otras cositas como la presidencia de Makeateam, y ser médico, y otras aficiones, yo realmente me considero del mundo del baloncesto. En él aprendí y con él pude llenar mi mochila muchas veces.

Quiero reivindicar el deporte. El deporte con mayúsculas, el de los cientos de miles de personas que entienden el deporte como algo que llena sus vidas, como algo que tiene un factor educativo, socializador, de salud, como algo que los enriquece de alguna manera, como algo que, en definitiva, llena su mochila. El deporte profesionalizado me interesa, como acontecimiento social, pero es cada vez más negocio. Es finalista y sólo una mínima parte de lo que representa en valor para todos.

El deporte está lleno de expresiones trascendentes: «el partido es muy difícil», «ha sido una victoria muy importante para nosotros», «jugamos bien la primera parte y gracias a eso pudimos aguantar la segunda» y «somos campeones de Europa», por ejemplo. Pero, ¿y si hubiéramos perdido?; muy sencillo simplemente hubiéramos cambiado el disco «tuvimos mala suerte», «hicimos lo que teníamos que hacer, pero nos confiamos y nos ganaron»; es decir, contamos historias que nos permiten ir justificando lo que pasa a nuestro alrededor. Lo bueno del deporte es que siendo intrascendente, se hace trascendente porque se mueve en ámbitos muy tocados con lo emocional. El deporte se nos presenta en una realidad compartida con los demás, con tres características: la precocidad, la rapidez y la crueldad. Algo así parecido a la vida.

Por todo ello, el deporte es un magnífico campo pedagógico, donde las cosas se presenten de forma muy temprana, a edades entre los 10 y los 14 años. En mi caso, yo a los 17 estaba ya jugando unos JJ.OO. No es habitual, pero ahora le va a pasar a Ricky Rubio. A los 15 y 16 años ya estás jugando a unos niveles de reconocimiento internacional, y aunque es un juego, te obliga a tomar decisiones importantes, cuando la mayor parte de tus amigos se limitan a un ámbito familiar y colegial.

El deporte te enseña, desde muy joven, que en una décima de segundo puedes pasar de ser la figura a ser el miserable de la historia. Puedes pasar de ser el héroe a ser el villano. Todos recuerdan las grandes hazañas, pero como la vida el deporte está lleno de grandes decepciones, pero. Lo que quiero transmitir, con todo esto, es que rascando

un poco en su superficie, llegas a la auténtica dimensión del deporte que te obliga a un trabajo intelectual, a tomar decisiones. A vivir.

Víctor Frankl, psicoanalista fallecido y superviviente de un campo de concentración nazi, inventó una forma de tratamiento psicoanalítico que era la logoterapia, basado en obligar, al preguntado, a dar sentido a las cosas. Los internos preferían declararse enfermos, sabiendo que iban a morir en la cámaras de gas, antes que seguir aguantando las condiciones que marcaba el campo. No podían admitir aquello, tenían que buscar motivación. Idearon un método al preguntar, barracón por barracón, todas las tardes y todas las tardes: ¿qué les gustaría encontrarse cuando aquello acabara? La mayoría de la gente añoraba sus seres queridos, su casa, su familia más cercana, sus estudios; es decir, las pequeñas cosas que llenan esa mochila de la que hablamos. El sentido de nuestra vida. No tenemos que ir a grandes cosas para encontrarlo. Luego hablaremos de la capacidad de soñar.

Con su respuesta, los reclusos, introdujeron sin darse cuenta, la ilusión. Una ilusión que justifica malos momentos. El premio lo puedes ver, lo puedes soñar. Eso nos ayuda a vivir.

En el deporte, puedo decirles, que esto es el pan nuestro de cada día, te das cuenta de que tienes que entrenar y jugar y perder muchas veces para poder ganar alguna. Las situaciones buenas no siempre suelen estar a la vuelta de la esquina. Tienes que perseverar. Perseverar es vivir, es llenar la mochila.

Se introduce la idea del futuro, con las ilusiones, los sueños. Los grandes sueños y los pequeños sueños. Los sueños compartidos. Lo que resulta más importante, para mí, es que sólo la gente que es capaz de soñar acaba siendo protagonista de su vida. Los que no tiene capacidad de soñar, de entender que se pueden conseguir cosas, de asumir que tenemos obligación de hacer cosas, son gente que se van a mover por los deseos de los demás. Seres pasivos, en lugar de seres activos, protagonistas de su vida.

Yo nunca soñé con ser campeón del mundo. Sin embargo, ¿cuáles eran mis sueños? Mis sueños eran el partido del domingo, los recreos. Ese ámbito que ha referido perfectamente Juanjo y que podía darse tanto en mi colegio como en su colegio en Durango. Eso que llena de vida los patios y los parques. Nuestro particular y diario campeonato del mundo.

¿Con qué sueñan los niños? A los niños hay que enseñarles a soñar con lo cercano, con lo que se puede conseguir, porque eso nos ayuda a

vivir. Algunos prefieren los sueños grandes. A mí, me valió el sueño pequeño. Me sentía muy propietario de ese él. Cada sábado o cada domingo, mi vida hacía los sueños realidad.

Capacidad para soñar, capacidad para tomar decisiones, para actuar —eso lo podemos hacer nosotros—. Como en la película «El jardinero fiel». Yo creo que es una película magnífica, que recomiendo a todo el mundo; es un canto a esa gente que sueña y que quiere hacer cosas distintas. Eso nos obliga a ser más nosotros, los que con nuestras acciones, nuestras decisiones y nuestro protagonismo acabemos enriqueciendo cosas buenas, cosas que podamos enseñar, que podamos decir con absoluto orgullo que lo hemos hecho nosotros. Cuando hacemos cosas, y las hemos hecho bien, sabemos que son útiles y que hay personas que se benefician de ellas. Nuestra vida empieza a llenarse, se hace digna.

Hay veces, que nosotros no somos muy conscientes de esto en el mundo del deporte, pero existe. Es lo que llamo criterios de representatividad. Nos ayudan a encontrar esa dignidad.

Cuando juegas un partido, una gran final, la sensación es que juegas para la gloria. Muy poca gente piensa en las ilusiones de los demás, en aquellos que dependen de nosotros para llenar su mochila. Yo, por fortuna, lo aprendí muy pronto.

Muy jovencito, en un viaje a Alemania, vino Bernabeú con nosotros. Teníamos una semifinal de la copa de Europa. Era el primer partido, el partido de ida, y en teoría nosotros éramos favoritos. Yo creo que hubiésemos ganado esa eliminatoria siempre, pero cuando Lolo Sainz, o Pedro Ferrándiz, no recuerdo, llegó a la charla del vestuario nos dijo lo habitual. Lo que dicen casi todos los entrenadores: «*Chavales, este partido es muy importante, y tenemos que meternos en la final*».

Se fue el entrenador y entró Bernabeú y dijo: «Chavales, estoy seguro de que lo que os dicho el entrenador es muy importante, pero a mí me importa un pimiento. ¿Sabéis lo que realmente me importa a mí? A mí lo que me importan son los 900 españoles emigrantes que llevan aquí 15 años trabajando, y si nosotros ganamos hoy, vamos a hacer que pasen los mejores 15 días de su vida. Ellos son los que a mí me importan». Salimos de allí y los alemanes no entendían como ganando por 40 puntos nos comíamos el balón, la cancha, y si se ponía alguno por delante también les mordíamos a ellos.

Esos son un poco los criterios de representatividad, dignidad puesta en los otros. Saber que lo que hacemos tiene una trascendencia supe-

rior a nuestro ámbito. Entender correctamente el deporte, eso es darle una dimensión que está más allá de ganar o de perder. Eso, en definitiva, nos lleva al mundo de los valores.

La vida no da nada gratis. El deporte está ahora infinitamente mejor que hace muchos años. Todos ganan más dinero, hay muchas profesiones que viven alrededor del de él, medios que se ocupan del deporte. Eso hace que el deporte llegue a casi todo el mundo. Sin embargo, por el contrario, ese deporte así entendido nos ha metido en un deporte manejado por intereses bastardos, mercantilistas y mezquinos, alejado de nada para legar, exento de valores. En realidad nos servimos de los valores pero, es imposible vivir en ellos sin fomentarlos. Los valores son valores en sí. Una cosa es educar en valores y otra es utilizarlos de forma muchas veces finalista. Los valores o son universales y se toman como un todo o no son valores, son otra cosa.

El deporte, no está hecho para ganar, está hecho para competir, como la vida. La competición bien entendida es formativa. Te ayuda a trabajar por algo y saber otros pueden merecer también lo que nosotros perseguimos. Si nosotros somos capaces de enlatar esa competitividad y jugar con ella, poner una regla que sea común para todos, un elemento de superación, algo que nos permita compararnos con un modelo a seguir. Eso para mí, es un educación. Es educarte para mejorar, mejorar te lleva a ganar. A todos nos gusta.

El deporte, también enseña a perder. En el deporte siempre encuentras la horma de tu zapato. El deporte te pone siempre en tu sitio. Por muy bueno que seas siempre hay uno mejor, si no es hoy será mañana. Eso me recuerda a cuando con Manolo Padilla hacíamos aquellas concentraciones todos los veranos con el equipo nacional y jugamos contra Rusia 10 partidos por toda España. Llegamos a Linares por ejemplo, y estaba todo el pueblo recibiéndonos como a los héroes de sus partidos y de sus sueños. Llegaban los rusos, prácticamente harapientos, jugábamos un partido y nos ganaban por 40 puntos. Llegábamos allí creyéndonos el número uno del mundo y nos íbamos sintiéndonos los más miserables. Pero la derrota también te ayuda a mejorar.

Ese fue el secreto de nuestra generación. El gran éxito que tuvo el equipo que a mí me tocó vivir, entre principios de los 70 y finales de los 80, fue precisamente que Antonio Díaz Miguel, jugador del Águilas y muy ligado a esta ciudad de Bilbao, nos puso a jugar con los mejores; nos enseñó, que perdiendo muchas veces con los mejores, podríamos ganarles alguna vez. Así fue, unos años después ganábamos a la Unión Soviética, USA y Yugoslavia.

Para mí fueron 3 victorias importantísimas, imposibles sin el calvario previo, que fue jugar muchos años contra equipos mejores y asumir que aquella derrota, lejos de destruirnos, nos enriquecía.

Esa representatividad de la que yo les hablaba antes, viene dada por la sensación de que se pertenece a algo. Para llenar la mochila de la vida, pertenecer a algo es absolutamente vital. Podrá ser nuestra familia, podrá ser nuestra comunidad, nuestro país, nuestro equipo, lo que queramos, pero esa trascendencia de cada uno de nosotros en el todo, es lo que realmente nos ofrece una base para que, sabiendo que representamos a algo superior, cada uno de nosotros utilizando esa dignidad y esos valores seamos capaces de encontrar ese mejor yo del que estábamos hablando anteriormente. Nos ayuda a sentirnos útiles dentro de ese todo.

Hoy me preguntaban en una entrevista en la radio ese concepto que ya introdujo Kennedy de llegar a los sitios diciendo: «No pienses en lo que alguien puede hacer por ti, sino en lo que tú puedes aportar a los sitios a los que vas». Eso que ahora en el mundo de la empresa se llama «añadir valor», porque añadir valor es fruto de la virtud, es fruto de decir: «Vamos a hacer las cosas bien, vamos a triunfar, pero vamos a hacerlo con algo que realmente nos satisfaga, que valga a los demás, que nos permita sentirnos orgullosos». Eso es dignidad, eso son valores. Eso, en definitiva, son virtudes.

Nosotros introducimos una situación de equilibrio entre lo que nos favorece o nos compensa a nosotros, y lo que estamos dispuestos a dar en ese bagaje a la sociedad a la que pertenecemos. Una auténtica lucha de intereses que el deporte te da desde muy niño. El egoísmo contra la pertenencia. Nuestro egoísmo contra el respeto al adversario. Autoestima, dignidad y respeto al diferente.

Yo pertenezco a la Asociación de Antiguos Jugadores del Real Madrid, soy presidente de ella y hemos creado un premio que se llama «Grandes rivales, grandes amigos». Ha estado premiado Nacho Solozabal y ahora tenemos previsto premiar a Dino Medeguín y a dos o tres jugadores israelitas que van a venir. En esa reunión les traemos a Madrid, los invitamos a cenar, tienen también un padrino como ha sido esta noche Juanjo de mí y lo que queremos decirles de alguna manera es «Gracias por haber sido nuestro adversario, gracias porque gracias a vosotros nosotros hemos aprendido a valorar que aquello que no es igual nos puede ser muy útil, aquello que no es igual no es más que un elemento que nos permite una superación permanente, porque aunque estés enfrente, lo que estás persiguiendo son los mismos elemen-

tos de virtud o de valores que persigues en tu equipo». En definitiva, nosotros a través de los sueños y a través de ese protagonismo podemos poner determinadas pinceladas en este vendaval de la vida.

Cuando tomamos decisiones, cuando asumimos libertades y cuando asumimos responsabilidades. Con ellas, nosotros podemos elegir entre ser héroes o ser villanos. Podemos aprender a ser generosos en la victoria y orgullosos en la derrota. Podemos soñar a lo grande o a lo pequeño. Podemos dar trascendencia o relativizar las cosas... Aprendizaje, elementos fundamentales a la hora de hacer que las cosas nos sean útiles no sólo a nosotros, sino que podamos transmitirlo al resto de las personas de nuestro entorno como un bagaje social que todos de alguna manera estamos obligados a tener presente. Lo que hacemos, nuestra experiencia, nos vale a nosotros, pero si la hacemos bien, si la hacemos con esos criterios de excelencia que decía antes, es una experiencia que puede ser útil a los demás. Ninguna sociedad es capaz de desarrollarse sin el respeto a sus mayores y sin saber que gran parte de la sabiduría que mueve el mundo está en aquellas personas que han tenido una experiencia previa, una experiencia que viene de desarrollar capacidades, de gestionar conocimientos vividos por otros, y en definitiva, de establecer el criterio de cambio permanente y de movilidad permanente.

Si hablamos de movilidad, lógicamente tenemos que ir al deporte también, porque el deporte no es más que un canto al movimiento, y el hombre está hecho para el movimiento lo queramos o no. Si nuestra disposición anatómica son dos piernas fuertes para desplazarnos, un tronco muy fuerte para aguantar nuestro peso, unos brazos que nos permiten el trabajo fino y una inteligencia para pensar y tomar decisiones adecuadas, nos damos cuenta que ese cuerpo está hecho para moverse, aunque sea más cómodo con el paso de los tiempos no hacerlo porque la tecnología nos ha permitido elegir caminos más cómodos. Sin embargo, cuando nosotros analizamos la madurez cerebral de un niño, vemos la respuesta motora que tienen. El movimiento facilita el desarrollo cerebral, no sólo en los niños, sino en etapas adultas de la vida. Por lo tanto, la actividad física y el deporte cubren también elementos más fisiológicos, menos emocionales, pero tremendamente útiles de cara al desarrollo del individuo dentro de la salud y de cara a la calidad de vida. Tengo que decir aquí que las personas sedentarias y las que no tienen capacidad funcional suficiente son aquellas personas que perciben peor calidad de vida a su existencia. Hay una relación directa entre poder moverse y poder hacer cosas y el elemento que estamos tratando aquí de decir mi vida tiene sentido o no tiene sentido.

Esas capacidades son las que nosotros tenemos que ir eligiendo. Me da igual que llenemos la mochila con deporte —que ha sido lo mío— o con música, o con arte, o únicamente entregándose a los demás, o haciendo lo que queramos. Lo que es un hecho es que cualquier actividad donde seamos capaces de reproducir la interrelación entre todos nosotros y nuestras capacidades, es buscar nuestros nichos de protagonismo y es hacernos dueños de la mochila. Así, para mí, el deporte es aprendizaje, búsqueda, es explorar en nuestras capacidades, es una relación constante con el otro, con el compañero, con el medio. Alguna vez tendremos la sensación de haber ganado, siempre de haber vivido.

Hoy, hay dos cosas que a mí me gustaría combatir a través del deporte. Una es la persecución casi irracional del éxito, la otra es la necesidad de inmediatez. El deporte es fantástico para todos esos que se creen con derecho a tenerlo todo y a tenerlo en este momento. Nada que sea realmente importante ocurre de la noche a la mañana.

A partir de un determinado momento, cuando ya no eres tan niño, hay otras cosas que te mueven también y que te acercan a esa postura de dignidad que he dicho antes, como pueda ser la generosidad, la justicia, la entrega, el honor. Si lo manejas bien, también está en el mundo del deporte. Aprovechemos pues todo eso.

Yo creo sinceramente que el deporte es un potente socializador, que mejora la percepción de la calidad de vida, que el es una magnífica vacuna contra la enfermedad física y psíquica, que el deporte nos ayuda a crear nuevos hábitos y todos estos puntos que he dicho son elementos que dan sentido a la vida, que introducen cosas buenas en nuestra vida.

No quiero acabar sin manifestar el honor que para mí ha supuesto esta jornada en un sitio, casi sagrado, del saber. Agradezco a la Universidad de Deusto, al Profesor Elzo como responsable de este ciclo que se haya acordado de mí, y naturalmente a todos ustedes por su asistencia. Debo nombrar a dos personas que han sido muy importantes para mí en mi juventud: Juanjo Moreno y Manolo Padilla. Ha sido un placer encontrarme con ellos otra vez, y quiero asegurarles que si esta noche, al repasar mentalmente todo lo que aquí ha ocurrido, algo de lo que he dicho ha tenido utilidad o puede ser tenido en cuenta por todos ustedes, yo habré encontrado un elemento más que me responda a la pregunta de «Vivir ¿para qué?».

Muchas gracias.